

Amelia Chardin

# AMOR TRES DELICIAS



AMELIA CHARDIN  
AMOR TRES DELICIAS



© Amelia Chardin, 2022  
Editabundo Agencia Literaria S. L.  
www.editabundo.com  
© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.070-2022  
ISBN: 978-84-670-6362-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*  
Impresión: Rodesa, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# 1 女

Odio el sonido del *erhu* que me despierta por las mañanas. Da igual si te has acostado más tarde o más temprano, si estás enferma o simplemente quieres descansar en la cama porque sí. La grabación de ese maldito violín chino sale del despertador digital de mi madre todos los días a la misma hora como si se tratara de la trompetilla que tocan en un cuartel al amanecer. O peor. Porque esta salta antes. Concretamente a las siete y media de la mañana y, con ella, poco margen tienes para remolonear entre las sábanas. Es más, si en treinta minutos no salgo de mi cuarto, será mi madre quien entre, y eso es todavía más malo, porque conlleva una inspección de habitación en la que te recuerda lo desordenada que eres o el olor a humanidad que se ha concentrado durante la noche y que requiere abrir la ventana *ipso facto* llueva, nieve, haga sol, estés vestida o en bragas.

—¡Nina! Sal ya o llegarás tarde.

Y esa es la voz de mamá. Digamos que es la segunda fase del ritual matutino en nuestra casa.

—Oh...

Es lo único que logro decir al parpadear y verme con media cara sobre una hoja del cuaderno en el que tengo unas cuantas ecuaciones resueltas. Se me ha quedado tan pegada a la mejilla que al incorporarme arranco de la espiral de metal incluso un trozo de papel. Miro el reloj de mi teléfono móvil y quiero morirme al ver que ya son las ocho menos cuarto. No sé cuándo me quedé dormida, pero los nervios que me invadían la noche anterior por el examen programado para esta mañana no tardan en reclamar mi mente de nuevo e instalarse en ella con el clásico estribillo de: «Vas a suspender».

—¡Nina! —repite.

—¡Ya voy! —Después gruño para mí misma—: Qué pesada...

Reconozco que me cuesta amanecer y que es mejor no hablarme mucho hasta que no me he terminado el primer té de la mañana.

Todavía en la silla, levanto las manos para estirarme y después elijo la ropa que me pondré hoy: unos vaqueros y un jersey blanco me parecen buena opción. Con todo eso, voy a ducharme mientras escucho a mamá trasteando por la cocina. Cuando salgo del baño, el olor del arroz cocido me invade, resultando casi como un abrazo, pues adoro ese aroma y, esté donde esté, siempre me hace pensar en mi hogar.

A veces pienso que es admirable el esfuerzo que debe suponer para mamá preparar todos los días algo para comer. Supongo que un punto positivo de vivir todavía con mis padres es que siempre me encuentro un buen desayuno por las mañanas, ya que, si dependiera de mí, la cosa se reduciría a unas galletas del supermercado. Pero compartir este espacio con ellos también tiene sus desventajas, y a veces te toca hacer tareas que no te apetecen nada o que tú gestionarías de otra manera, y la cosa termina en discusión, porque, claro, vivo bajo su techo y se hacen las cosas a su manera. Sí, aunque seamos chinos, a mí también me gritan en varias ocasiones eso de que no vivo en una pensión. Creo que la dichosa frase está internacionalizada gracias a todas las madres del universo.

Una vez que estoy lista, voy al salón comedor, justo cuando llega mi padre a casa, algo que me sorprende.

—Buenos días, flor de loto —me saluda, mostrando su amable sonrisa, que siempre termina brillando también en sus ojos marrones.

—Hola, papá, ¿de dónde vienes?

—Bajé a la pastelería porque hoy tenía antojo —comenta, y me enseña una bolsa de papel como si lo que hubiera dentro fuera un tesoro.

—¡Yóu tiáo! —exclamo al ver el interior y descubrir una especie de porras, pero algo más bastas.

—Me apetecía algo dulce.

Una vez sentados a la mesa, me sirvo una taza de té y después agarro uno de los tres *baozis* que hay en un plato central. Adoro esos panecillos blancos rellenos de carne y, por la mañana, confieso que me saben a gloria. Son un chute de energía en toda regla.

—¿Cómo va el trabajo? ¿Ya puedes cortarme el pelo?

Me atraganto con el bocado que acabo de darle al bollito y después observo a mi madre, que hace pedacitos las porras y va echándolas en un cuenco que se ha preparado con leche de soja.

—Eh... No estoy preparada para eso. Necesito más lecciones de Fang. Hay mucha gente y suelo ayudarla más bien a cobrar y recoger, y... ya sabes... Ese tipo de cosas.

—Hablaré con ella. Han pasado más de cuatro meses y no parece que avances. Aunque, por otro lado, me alegra escuchar que el negocio va tan bien. Esos salones de belleza proliferan a una velocidad de vértigo y me preocupa un poco que afecte al suyo.

—Ya, bueno...

—Tu hermana hizo muy bien al montar la peluquería y además ofrece también manicuras. La clave del éxito está en saber diferenciarte de los demás —comenta mi padre, antes de darme un pequeño bol de arroz.

Yo lo acepto y sonrío, deseando cambiar de tema, porque, en realidad, acudo a la universidad, y no al negocio de mi hermana, como mis padres creen. Esto solo lo saben Fang y las dos chicas que trabajan en la peluquería, entre las que se encuentra Sara, mi mejor amiga. Las tres me dan cobertura frente a mis padres, aunque ninguna termina de entender por qué no les digo que estoy cursando primer año del grado de química en la Universidad Complutense de Madrid, pero es que no quiero contarle hasta comprobar que la cosa va bien, algo que planeo hacer cuando pasen los exámenes y vea las notas.

Sé que puede resultar retorcido por mi parte, pero tiene su explicación...

El tiempo pasaba, y yo seguía estancada... «¿Qué vamos a hacer contigo?», era la pregunta recurrente de mi madre desde entonces.

Me había conformado con trabajar en el restaurante familiar, enfrentándome a una rutina monótona, hasta que reuní el valor necesario para dar el paso y hacer algo que despertaba una gran emoción en mí, pero que, por miedo a volver a pasar por lo de antes, no me atrevía a contar de momento, porque si yo sufría o lo pasaba mal, mis padres también lo hacían, y además, me daba miedo la posibilidad de decepcionarles.

—¡Oh, mira! —La voz de mamá me saca de mi ensimismamiento, enseñándonos la pantalla del móvil, en donde una niña pequeña con dos coletitas que le quedan como si fueran dos palmeras de color negro, está poniéndose ella sola un calcetín. De fondo escucho a mi hermana y a su marido alabarla como si aquello fuera la mayor proeza del universo, algo que me hace gracia.

—Qué tierna es nuestra Yun —comenta papá.

—Es muy inteligente.

—Lo es. —En eso coincido con ellos mientras me inclino sobre la mesa para poder ver mejor a mi sobrinita.

—Nina. —De pronto mi madre centra toda su atención en mí—. ¿Vas a ir con esa ropa? Te llevarás algo para cambiarte, ¿verdad? ¿Qué tal la blusa que te regalé por tu cumpleaños?

—Eh... Creo que está en el cesto de la ropa...

—¿Y ese vestidito que...?

—¿Qué le pasa de repente a mi ropa? —la interrumpo.

—¡Hoy es el día que comes con Cong!

—¿Cong? —pregunto con un hilo de voz, pero, por supuesto, ese nombre salta en mi mente como si una alarma estruendosa se activase, recordándome la cita a ciegas que me han organizado y que, con los nervios del examen, yo había olvidado.

—Tienes que llegar antes al restaurante, que no se te olvide.

—¡Pero, mamá...! —Estoy a punto de quejarme cuando ella interviene de nuevo.

—Tendré que llamar yo a Fang para asegurarme de que no te retrases... ¿Por qué no puedes parecerle un poquito más a ella?

—A Fang no le preparabais encuentros con chicos.

—Ella conoció a Jin y se casó.

—¿Y por qué no puedo hacer yo lo mismo?

—Nunca nos has presentado a nadie y te pasas la mayor parte de tu tiempo libre con Sara o en tu habitación, sumida en la pantalla de ese dichoso ordenador o jugando a videojuegos, ¿así cómo vas a conocer gente?

Resoplo y miro el reloj que hay colgado en la pared del salón. Tengo que irme...

—¿Sabes qué? Da igual, ¡haz lo que quieras! Siempre te sales con la tuya y nunca me escuchas.

Me levanto de la mesa mientras le doy un último sorbo al té.

—¡Eso no es verdad! —Mi madre parece dispuesta a seguir con la discusión, pero el tiempo avanza en mi contra y tengo que volar de aquí.

—Que se te dé bien el día... —Mi padre, que no entra en nuestro juego, me extiende un *yóu tiáo* que yo capturo con los dientes antes de salir corriendo a por mi bolso, el cual, por muy grande que sea, siempre termina resultándome pequeño.

—¿Quieres dejar de mimarla? ¿No ves que no es el momento? —le dice mi madre, desviando su cabreo pasajero hacia él—. Recompensándola me haces quedar como la mala. Siempre haces lo mismo...

Antes de salir, junto a la puerta de la entrada, cambio mis pantuflas por las deportivas y no tardo en decir adiós y marcharme, saltando las escaleras del edificio hasta llegar a la calle, en donde por un instante pienso en Fang, pues es verdad que no le organizaron citas a ciegas. Ella llegó a España con diecinueve años y, poco después, se enamoró perdidamente de otro compatriota que, por aquel entonces, estaba cursando sus estudios de medicina, y ahora ejerce de traumatólogo. Mis padres no podían creérselo, ¡un médico, nada más y nada menos! Tardaron dos años y medio en contraer matrimonio y ella dejó de trabajar en el restaurante. Una vez casada y con la burbuja del enamoramiento más disipada, Fang, que todavía era muy joven, tomó la determinación de mejorar su español y después estudiar peluquería y estética. Siempre le han encantado el maquillaje, los peinados, decorar uñas, la cosmética y todo lo relacionado con la imagen. Todavía hoy en día me sigue pareciendo superromántico ver cómo su marido la apoya siempre para que alcance sus metas y persiga aquello que quiere, como cuando quiso abrir su propia peluquería, y lo consiguió.

Mi hermana lo ha sabido hacer bien y ha logrado alcanzar sus sueños al mismo tiempo que ha hecho las cosas de una forma cercana a la que nuestros padres habían planificado para nosotras, pero únicamente porque ella así lo quería y así fue como llegó. Fang es el prototipo de hija modelo e ideal al que mi madre cree que debo aspirar e imitar. Pero a veces no entiende, o tal vez olvida, que tengo otro tipo de inquietudes en la vida. Yo necesito vivir experiencias y acceder al conocimiento, aunque me retrase un poco en alcanzar esta meta.

Yo deseo sentirme realizada.

Porque es mi vida.

Respeto a mis padres, pero no considero que lo importante sea casarte, tener hijos y fundar un negocio, como ha hecho mi hermana, y, aunque las dos nos llevamos muy bien, no estamos cortadas por el mismo patrón.



## 2 男

No sé si me gustan las floristerías, porque resulta agobiante estar rodeado de todas estas plantas que hay por el suelo, las paredes e incluso colgando del techo. Me siento casi como un gigante en la casa de un gnomo, moviéndome con sumo cuidado para no tirar nada ni darme en la cabeza con un tiesto. La dependienta, una mujer china, muy bajita, de mediana edad, se acerca al mostrador después de haber terminado con la clienta anterior, que no se ha llevado nada, a pesar de haber preguntado cientos de cosas y con ello hacer que yo espere durante unos minutos que se me han hecho eternos.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas, vengo a pagar un pedido —comento mientras busco la billetera en mi cartera de cuero marrón, que llevo colgada al hombro—. Debe de estar a nombre de Lara López.

—Lara López... —repite mientras saca un cuaderno y comienza a pasar hojas—. Lara López...

—Tengo un poco de prisa... —Trato de sonreír al decirlo mientras ella continúa buscando.

¿No se ha planteado esta mujer usar una base de datos? Con un Excel sería más que suficiente... ¿Quién sigue usando cuadernos de papel para estas cosas?

—Lara López, sí, aquí está. —Entonces parece acordarse de algo—. ¡Ah, sí! La chica guapa de las peonías.

—¿Peonías? —pregunto, arrepintiéndome al instante siguiente de haber pronunciado la palabra. O sea, sé que se refiere a la denominación de las flores que ha debido de escoger Lara, pero en mi mente no tengo ni idea de a cuáles alude. Vamos, que no sé cómo son.

—Sí, peonías. —La mujer rodea el mostrador y veo que se para frente a unos cubos metálicos, estudiando su contenido.

—Eh... en serio... esto... tengo un poco de prisa...

Parece no escucharme y a mí me da un poco de vergüenza repetirlo.

—Esto son peonías —dice, cogiendo un par de flores que me recuerdan un poco a las rosas, pero como más arrugadas y redondas.

—Genial, si a ella le gustan, me parece perfecto.

—¿Eres el novio? Puedo hacerte un alfiler muy bonito para el traje.

—Eh, no, no... Soy el hermano. Vengo a pagar, como le he explicado.

—Sonrío, agobiado—. Solo eso.

—Vale, vale. —Ella me devuelve la sonrisa y regresa al mostrador—. ¿Efectivo o tarjeta?

—Con tarjeta, por favor. —Le muestro la tarjeta que llevo sujetando ya un rato.

Me dice el total, con el que estoy de acuerdo, pues Lara ya me lo había indicado previamente. Cuando por fin liquidamos la cuenta y consigo salir de allí, vuelvo a mirar el reloj.

Voy a llegar muy tarde a la reunión con Ricardo y el chico de la Universidad de Dublín para ver los nuevos detalles del proyecto...

Y es que mi hermana no tenía otro barrio mejor en el cual encargar las flores que en Usera, pero, por lo visto, aquí hay una floristería que tiene encanto y las otras carecen de esto. ¿En qué diablos se distingue una con encanto de otra que supuestamente no lo tenga? ¡Son flores! ¿No son ya suficiente encantadoras de por sí? ¿No hubiera sido más práctico comprarlas en algún sitio cercano a donde va a celebrar la boda? Parece que desde que se comprometió se ha vuelto loca y quiere todo perfecto, por complicado o molesto que a veces sea acceder a su idea de perfección.

El teléfono me saca de mi ensimismamiento en ese instante y contesto a mi madre.

—¿Ya has pagado el encargo?

—Hola, mamá. Sí, mi día, estupendo. Estoy bien, gracias.

—Hijo, por favor, comprende que estoy ya tan emocionada que necesito ir al grano.

—Joder, mamá, pero no sé... No es forma de saludar al teléfono.

—¡Esa boca! Si así hablas a las chicas, no me extraña que sea Lara quien se va a casar y no tú.

—De verdad que dilapidáis mi paciencia con ese tipo de comentarios.

Me pellizco el puente de la nariz y suelto un hondo suspiro sin dejar de andar por las estrechas calles del barrio en el que me encuentro.

—Entonces, ¿has pagado ya?

—Sí. No era una misión difícil de cumplir.

—Ya, pero se trata de las flores, que es una de las cosas más importantes.

—Me confundís, todo parece ser de vital importancia.

Está claro que mi madre también ha enloquecido con todo esto de los preparativos, y las dos están más unidas que nunca y encima soy tan pringado que acepto ir en nombre de Lara a pagar las flores. ¡Ni que yo estuviera libre de ataduras! Siempre consiguen ablandarme y endosarme algún marrón. Pero es mi hermana pequeña y al final termina haciendo que yo pase por el aro. Además, no sé por qué hay que reservar unas flores con tanta antelación, pues todavía quedan unos meses para que se case. Seguro que ni siquiera han crecido en la planta. Resulta irónico, pues aún no existen y ya saben qué función desempeñarán en su vida.

—Bueno... ¿Adónde vas ahora? ¿Has comido ya? ¿Vendrás a casa este fin de semana? ¿Te has abrigado bien?

—¡Mamá! No me agobies, que tengo ya treinta y dos años...

—Vale, pero solo quería saber qué estás haciendo, ¿no me has dado a entender hace nada que no me interesaba por ti?

—Pues estoy yendo a la quinta puñeta a por el coche. Lo he tenido que dejar en un parking de plazas minúsculas, porque aparcar por esta zona es imposible; además, ya sabes que iré este fin de semana, como todos los demás —suspiro, cansino.

—¡Ay, hijo! Parece por tu tono que te molesta hablar conmigo.

—No, mamá... pero...

—Hoy me he encontrado con Esther. Estaba guapísima y me ha dicho que la han vuelto a promocionar para otro ascenso en el bufete, ¡la van a hacer socia, por fin!

Oh, no... Ya estamos con este tema otra vez. Llevaba sin sacarlo por lo menos un par de meses, pero está claro que vuelve a la carga intentando remarcar lo mucho que le gusta mi exnovia... y la dichosa mejor amiga de mi hermana. Pero la cosa no termina ahí, ¡qué va! Esther es la hermana del prometido de Lara, o sea, de mi futuro cuñado.

—Pues me alegro por ella. El bufete es lo que más le importa en la vida y le irá genial.

—Deberías llamarla para darle la enhorabuena.

—Mamá, no sigas por ahí. Espero que esta sea la última vez que tengo que decírtelo. Hace más de un año que rompí con Esther y no voy a volver a tener nada con ella, ¿lo comprendes? Puedo hacer el esfuerzo de entender que entre vosotras dos exista una relación de amistad o lo que sea que mantengáis por el hecho de ser la mejor amiga de Lara y su futura cuñada, lo acepto y me aguanto, pero, en serio, se acabó.

—Es que me da pena, cariño, porque me parece una chica fantástica, y desde que lo dejasteis te veo tan solito, dedicado únicamente a esas pizarras que tienes desplegadas por el salón, y a tus papeles, y esos libros... Deberías esforzarte un poco más en socializar. No es bueno que estés así, y encima con esas greñas y esa barba que te estás dejando, empiezas a parecer un ermitaño.

—No sé por qué te preocupas tanto. Voy a mi bola, hago lo que me da la gana, nadie me dice cómo debo vestir y no me obligan a ir a eventos en los que tengo que aparentar lo que no soy. Así estoy feliz.

—Ya sé que no quieres que me meta y que no puedo forzarte a nada por mucho que me gustaría tener como nuera a Esther, pero, al menos, no sé... Yo soy consciente de cómo cambian los tiempos y cada vez veo más historias en la televisión y en los periódicos de lo que está ahora de moda y...

—Para, ¡para! Aunque puede que me arrepienta por hacer esta pregunta... Mamá, ¿qué intentas decirme?

—¿Has probado alguna aplicación del móvil o te has creado un perfil en una de esas webs para encontrar parejas estables?

—Voy a colgar.

—Pero...

No le doy tiempo a decir nada más.

Cuando Lara se comprometió, yo acababa de romper mi relación y mi madre se volvió bastante pesadita con que tenía que volver con esa chica, pero hasta ahora no había hablado de encontrar otra pareja. Francamente, me incomoda la idea de que mamá se meta en algo así. Ahora soy feliz, ¿no debería estar contenta por ello? Su hijo está bien, ¡muy bien! No necesito que venga una mujer a mi casa para decirme que las cortinas de mi salón no quedan bien con el mantel que ella ha comprado para mi mesita de café. ¿Por qué Esther se creyó con derecho a algo así? Es más, ¿en qué momento empecé a ver mi hogar invadido por sus cosas? Al poco de empezar a salir, comenzó a traer male-

tas diciendo que venía a mi piso nada más aterrizar de un viaje de negocios, pero misteriosamente la ropa que llevaba terminaba apareciendo en mi armario. Estuvimos saliendo solo tres meses y, antes de romper, me agobiaba entrar al baño y no poder dejar el cepillo de dientes en el vaso que siempre había tenido sobre el lavabo. Lo primero fue que ella lo cambió por uno de color morado, y lo segundo que, al cabo de un tiempo, lo desplazó hasta la cómoda de mi habitación porque ella necesitaba más espacio para sus cremas y demás potingues. Acceder al cuarto de baño no debería causar el agobio que me provocaba entrar al mío. Esther tenía cosas buenas, pero también otras que no me gustaban, y ya no me refiero al hecho de que estuviera casada con su trabajo, sino a ciertos detalles que pintaban mal desde el principio. Y esos últimos terminaron sobrepasando a los aspectos positivos de estar con ella, hasta tal punto que ya no soportaba ni un minuto más aquella farsa. No era mi intención romperle el corazón, y está claro que cuando cortas con alguien, al final, uno de los dos termina saliendo peor parado que el otro. Yo también estuve unas semanas jodido, pero luego resultó ser lo mejor que podía haber hecho. Al menos para mi salud mental y mi bienestar. Entre los dos había cariño, pero puedo asegurar al cien por cien que nunca existió el amor. Eso debería ser algo mucho más potente, ¿verdad? Algo que te haga querer saltar, volar, ¡que te emocione como lo que más! Cuando regresé a Madrid tuve una temporada de bajón, me enrollé con Esther, a quien conozco desde hace años, y bueno..., ella siempre ha estado ahí de alguna manera, pero... ¡maldita sea! ¿Cómo una relación de tres meses me perseguía un año y medio después en el tiempo? Sin duda, aquella chica fue uno de los mayores errores de mi vida y no me quedaban muchas ganas de repetir con otra. De momento. Además, se supone que cuando aparece ese alguien, se sabe, ¿no? Aunque Aitor y Lara no lo supieron hasta años después, ¿o en realidad sí, pero ninguno se lo había confesado al otro?

Decido no darle más vueltas al tema y me quedo mirando a mi alrededor, maldiciendo por no estar seguro de qué calle tomar ahora. Tantos años alejado de esta puñetera ciudad hacen que en momentos como este me sienta un forastero.